

EL NAUTILUS

MANUEL HIDALGO

Antonio Pereira

Hará 19 años leí de Antonio Pereira los cuentos de *El síndrome de Estocolmo*, que me parecieron una delicia superlativa. Conservo el libro afectuosamente dedicado por su autor, aunque mi calamitosa memoria no me permite recordar si Pereira y yo nos conocemos, tal vez de una entrevista en televisión o de cruzar cuatro palabras en algún guateque.

El caso es que le había perdido la pista en estos años, no había vuelto a leer nada de él, aunque haya seguido publicando, naturalmente, hasta que hace unas semanas volví a toparme con uno de sus magistrales cuentos en Nueva Revista. Allí se alertaba de la salida inminente de un nuevo libro de Pereira, que, en efecto, acaba de aparecer en el Taller de Mario Muchnik: *Me gusta contar*. Y me he precipitado a leerlo, obteniendo un placer y una satisfacción que hacía mucho, mucho tiempo que no lograba con la lectura de un autor de lengua castellana

Me gusta contar reúne más de 60 narraciones breves, algunas brevísimas, unas ya publicadas en libros y revistas, otras, inéditas, y todas seleccionadas y ordenadas intencionadamente por su autor.

Digo yo que debe de ser la personalidad huidiza y recogida de Pereira, seguro que propensa a los peculiares gozos del anonimato, lo que explique qué Pereira no sea un escritor celebrado y ampliamente difundido, conocido por tanto por una gran muchedumbre de lectores. Pero eso no justifica que quienes tienen la obligación de aventar los nombres de los grandes no hayan hecho un esfuerzo superior por situar a Pereira donde se merece: la cima de los mejores. Otra cosa es que los mejores no ocupen siempre la cima, cosa muy probable ya que su sitio está tomado, en demasiadas ocasiones, por hábiles escaladores que además se benefician de los empujoncitos de sus particulares sherpas mediáticos.

Pereira es un narrador interesado por la realidad, a la que dota de una casi sigilosa atmósfera irreal. Del mismo modo, su evidente adscripción a la tradición literaria española, patente en la elección de los temas y en el uso de un riquísimo vocabulario castellano, no le impide perfumar su estilo con un delicado aroma

cosmopolita, diría que deudor de los grandes cultivadores anglosajones y latinoamericanos del misterio, misterio que no pocas veces se asoma a los pliegues de lo metafísico.

Pero esto, como digo, Pereira lo logra con historias de aspecto realista, documentando la minucia de los hechos y los escenarios que narra, y de los que, de improviso, se desprende con irónico antojo.

Y es que la técnica de contar de Pereira, que es una gozada, es elusiva y alusiva. El tema que, en verdad, está tratando en un cuento a menudo va apareciendo sin terminar de aparecer, eludido pero aludido, hasta que, al fin, se manifiesta del todo, como si de un cuerpo lo que importara fuera su sombra, y entonces el autor nos deja sorprendidos y maravillados por la sutileza en la que nos ha sido dado participar.

Y todo eso Pereira lo hace con un humor finísimo, con un elegante distanciamiento de británico bromista, aunque leonés, que se divierte y nos divierte sin despeinarse ni despeinarnos.

El libro se abre con un prólogo del autor que avisa de la sencillez que preside su actitud y su procedimiento. Y aquí habría que decir: ¡qué cosa más difícil es la sencillez! Y, para muestra, un botón. Pereira expone un decálogo para cuentistas, cuyo punto sexto es el siguiente: «Si dudas entre dos palabras, elige la más clara. Si hay empate, quédate con la menos prestigiosa».

Con este franciscanismo de la escritura, Antonio Pereira hace, como no podía ser menos, milagros. Yo no me iría de vacaciones sin llevar este libro prodigioso en la maleta